

Entre el pedido de “claridad” y la defensa del terror

Editorial Atlántida perpetró, durante la última dictadura una sucesión de puestas en escena discursivas que avalaba las decisiones políticas, económicas y sociales del régimen militar

Por Cristian Secul

Licenciado en Comunicación Social y docente de Lingüística y Métodos de Análisis Lingüísticos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).

A diez días de la asunción del ex presidente Raúl Alfonsín, más precisamente el 1º de diciembre de 1983, la *Revista Gente*, en su número 958, presentó la estrategia discursiva y política que coronaría su presente durante el advenimiento democrático: la constante vinculación de la palabra “terrorismo” con las “agrupaciones subversivas”, la consiguiente exaltación de la llamada “Teoría de los dos demonios” y la generalización de sus prácticas mediáticas y de acción psicológica en el marco de la última dictadura cívico militar.

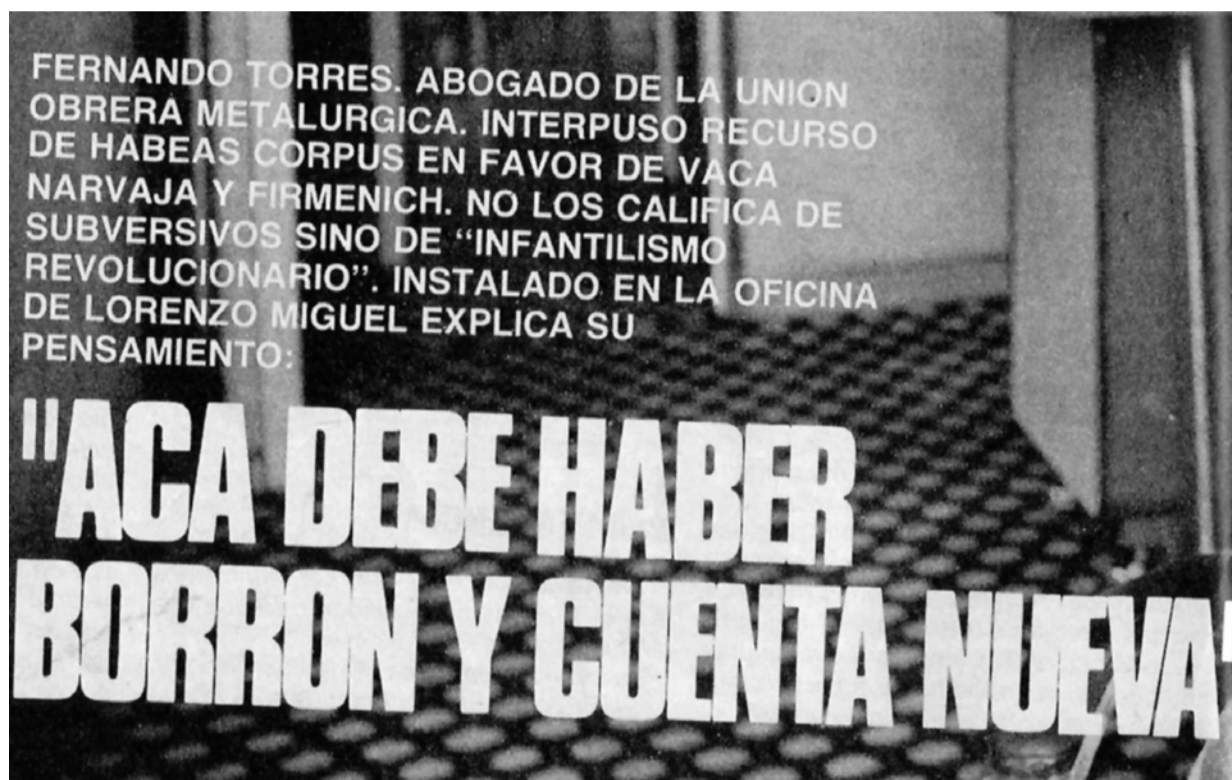
En esta publicación, la Editorial Atlántida buscaba colocar en tensión la próxima realidad democrática, en relación con la convivencia de “los subversivos de ayer que preferían la muerte” y la simbolización de “paz social” que traería el escenario del Estado de Derecho.

En función a ello, resulta necesario destacar, en principio, la elocuente intencionalidad planteada por el medio y, en una instancia consecuente, su vínculo participativo en el silenciamiento de los delitos de lesa humanidad durante la naciente democracia.

Es así que a partir de la creación del espacio confortable y pretendidamente familiar establecido por la *Revista Gente*, Editorial Atlántida perpetró, durante la última dictadura una sucesión de puestas en escena discursivas que avalaba las decisiones políticas, económicas y sociales del régimen militar.

Del mismo modo, y como consecuencia del resquebrajamiento de la dictadura y de la tragedia de la Guerra de Malvinas, la Editorial cumplió un papel de persuasión intensiva que postulaba una “equilibrada” configuración para un país o una sociedad que clamaba “claridad”.

Dicha nota editorial se sostenía a partir del epíteto fundamental de la “claridad”, una idea rebuscadamente “luminosa” que permitía “entrar de pie a la democra-



Titular de la entrevista realizada al abogado de la Unión Obrera Metalúrgica.

cia”. En términos concretos, la revista no buscaba los aspectos singulares o individuales en sus afirmaciones, sino que elaboraba procedimientos enunciativos que dimensionaban una idea combinada y colectiva. Así el *nosotros inclusivo* vinculaba a “todos los argentinos” y remarcaba: “Si queremos entrar de pie a la democracia, hablemos claro”.

En el plano de su discursividad, la editorial refería a una hipotética ley que el próximo gobierno democrático debería tomar con suma importancia para “impedir el regreso de la pesadilla” —una “pesadilla” que se vinculaba con la “subversión” o “algunos de sus confesos integrantes”— Pero la “claridad”, en la clave casi coloquial de la *Revista Gente*, funcionaba como una herramienta que permitía *igualar* esa posible “ley” que no había sido escrita aún (se la denomina “jurisprudencia oral”) y que debía optar por “la vida” y bregar por la decisiones colectivas: “El ciudadano cuando votó, no sólo eligió la vida. No sólo quiere impedir el regreso de la pesadilla... también pide claridad. En todo”.

A partir del reclamo de “claridad”, se articuló una nota que ampliaba lo dicho en el editorial y que sumaba las voces del abogado de la Unión Obrera Metalúrgica, Fernando Torres, o del hijo de Eugenio Aramburu —del mismo nombre— con el objeto de sostener una idea de *superación y sospecha* muy trabajada durante toda la enunciaci3n del número (y, sobre todo, durante la administraci3n alfonsinista): “Acá debe haber borr3n y cuenta nueva (Torres)” y “Volverán para cometer los mismos crímenes (Aramburu)”.

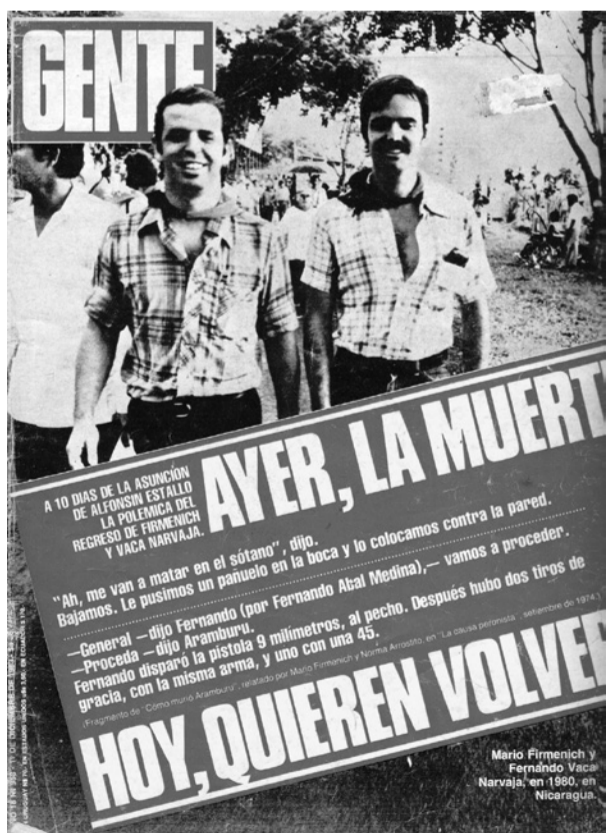
Gente remataba su intenci3n editorialista señalando que los “subversivos quieren volver” y hablando en nombre de “los argentinos (que) comenzaron a preguntarse: ¿todos? ¿Firmenech y Vaca Narvaja también? ¿Los hombres que lideraron el terrorismo en la Argentina, los

que ordenaron poner bombas, asesinar argentinos, los que llevaron al país al caos también?”.

La estrategia discursiva del medio que se advierte en este caso en particular no resulta aislada, sino que se exhibe relacionada con una participaci3n activa y cómplice en relaci3n con la acci3n psicol3gica perpetrada por el terrorismo de Estado.

Por ello mismo, resulta imperante reflexionar sobre el desempeño de los medios de comunicaci3n durante la dictadura cívico militar y, en particular, sobre aquellos que —como *El Día*, *Clarín*, *La Naci3n*, *La Nueva Provincia* o la Editorial Atlántida— tuvieron participaci3n en el silenciamiento de los crímenes de lesa humanidad, contribuyendo a cimentar la impunidad y la obstrucci3n de justicia sobre las desapariciones y los asesinatos.

La estrategia discursiva del medio no resulta aislada, sino que se exhibe relacionada con una participaci3n activa y cómplice en relaci3n con la acci3n psicol3gica perpetrada por el terrorismo de Estado.



Portada de la revista *Gente*, publicada el 1 de diciembre de 1983.